

**Martín Alonso**

## **Las pantallas deformantes del procesismo**

*Crónica Popular*, 26 de octubre de 2019.

En una carta a Karl Jaspers, Hannah Arendt le da cuenta de su amistad con Eric Hoffer y le encomia los escritos de este marino autodidacta. Ningún estudioso de los movimientos de masas desconoce *El verdadero creyente*. Unas calas tomadas de allí sirven para explicar fenómenos como el Brexit o el proceso soberanista catalán, al que se dedica este escrito.

En primer lugar, la receta para la neutralización de un movimiento social emancipatorio, que me gusta llamar el teorema de Hoffer: *“Neutralizar un movimiento de masas es a menudo asunto de sustituir un movimiento por otro. Una revolución social puede ser inmovilizada promoviendo un movimiento nacionalista o religioso”* (19). La nota ilumina el tránsito del 15-M al 11-S en Cataluña, de la movilización estratificacional o vertical del primero, a la identitaria (*“que se vayan a mear a España”*) del último.

En segundo lugar, el efecto homogeneizador de la acción: *“Lo que importa no es el contenido de la causa sino la dedicación total y la comunión en una congregación. [...] El conflicto que un movimiento de masas busca e instiga sirve no solo para aplastar a sus enemigos sino también para despojar a sus miembros de su individualidad distintiva y hacerles más solubles en el excipiente colectivo. [...] Incluso el mero acto de una marcha puede servir como unificador”* (90, 126).

En tercer lugar, el proceso adversarial de creación del enemigo como mecanismo de descarga de la frustración: *“La fuerza de un movimiento de masas es proporcional a la viveza y verosimilitud del enemigo. Cuando a Hitler le preguntaron si había que destruir a los judíos contestó: ‘No, si no tendríamos que inventarlos’ [...] La técnica de un movimiento de masas activo consiste básicamente en la inculcación y el cultivo de las proclividades y respuestas características de una mente frustrada”* (95, 63).

En cuarto lugar, la particularidad del nacionalismo de los ricos: *“Nuestra frustración es mayor cuando tenemos mucho y queremos más que cuando no tenemos nada y queremos algo. Estamos menos insatisfechos cuando nos faltan muchas cosas que cuando nos parece que solo nos falta una”* (31).

Hay un vector que atraviesa los anteriores y que tiene que ver con el amueblamiento mental de los miembros, que es fundamentalmente de orden emocional, es el nacionalismo. En sus palabras: *“el nacionalismo es la fuente más copiosa y duradera de entusiasmo para las masas”* (4). El enorme poder movilizador del nacionalismo descansa en su carácter proteiforme, que precisamente le hace tan susceptible al populismo. Hay una voz que en su polisemia cubre los sentidos principales del nacionalismo y que me servirá para articular las piezas de este escrito: pantalla. Trataré sucesivamente de sus funciones como aislante, proyectiva y emisora.

### **1. La pantalla como mecanismo de inmunización mental frente a la evidencia empírica**

Escribe Hoffer: *“Todos los movimientos de masas activos intentan denodadamente interponer una pantalla a prueba de hechos entre los creyentes y las realidades del mundo. Lo hacen sosteniendo que la verdad última y absoluta está encarnada en su doctrina y que*

*no hay verdad ni certeza fuera de ella*” (82). La indiferencia a la realidad es uno de los rasgos subrayados por Orwell en sus páginas sobre el nacionalismo. Los ejemplos de este efecto pantalla son legión. Uno sencillo: el sector que más siguió la huelga patriótica del 18 de octubre fue el educativo, esto es lo que se dice. Lo que se omite es la sintonía entre el Sindicato de Estudiantes convocante de tres días de huelga y buena parte de las direcciones de la enseñanza pública –cabe resaltar el determinante– y superior. Mientras escribo (24/10), leo que los estudiantes impiden el acceso a la universidad de Barcelona ([https://cronicaglobal.elespanol.com/vida/estudiantes-impiden-inicio-clases-ub\\_286365\\_102.html](https://cronicaglobal.elespanol.com/vida/estudiantes-impiden-inicio-clases-ub_286365_102.html)).

Y lo que igualmente se omite es por qué motivos situaciones que afectan mucho más a las condiciones concretas de la calidad educativa, como el hecho de que Cataluña sea la comunidad autónoma con más barracones escolares (1.013, en 2019, según *La Vanguardia*, 01/10/2019) no suscitan medidas de protesta equivalentes entre el alumnado. La respuesta hay que buscarla en la primera de las observaciones de Hoffer.

Pero, sin duda, el elemento más afectado por la insonorización nacional es la dimensión estratificacional del secesionismo: todos los indicadores confluyen en una incidencia diferencial de apoyo a la independencia a medida que se asciende en la vertical del estatus. Basta contrastar los nombres que aparecen en los medios y la distribución estadística de los apellidos para observar el contraste: la coloración amarilla correlaciona positivamente con la escala de prestigio: político, cultural, intelectual, deportivo, mediático... Observamos por ejemplo el estatus de tres personalidades que se han significado como portavoces de los agravios y el maltrato: Guardiola, Piqué –sin entrar en sus asuntos con Hacienda– o Llach. A cualquiera que haya leído a Fanon le cuesta incorporarlos en la categoría de *los condenados de la tierra*. Tanto como creer a Torra cuando se asimila a Vaclav Havel, un devoto igualmente de Jordi Pujol.

Por cierto, los avatares de los Pujol son otro paisaje que la pantalla nacionalista ha insonorizado con éxito. No solo los de Banca Catalana, donde a la vista de la confesión de Pujol, la sentencia favoreció injustamente al President, como adujeron los fiscales. Hace ahora cinco años de la Comisión de Investigación en el Parlament cuando la matriarca, de la que tres años después supimos que traficaba misales con el reverendo mosén en la biblioteca de la parroquia, dijo aquello de que sus hijos iban con una mano delante y otra detrás y que Cataluña no se merecía aquello. Silencio de ERC que salvó entonces por tercera vez a Mas de declarar en la “comisión Pujol”. Silencioso también el presidente de la comisión, David Fernández, de la CUP, muy atareado en la rama identitaria del asunto en una ejemplificación insuperable del teorema de Hoffer.

Hay que insistir, que no se trata de un *fet diferencial* catalán sino de un fenómeno generalizado que Emmanuel dalle Mulle ha llamado el nacionalismo de los ricos y que ilustra con los casos de Cataluña, Flandes, Norte de Italia y Escocia. La lectura en términos de clase de la *revolta* catalana ha sido rubricada por Picketty en *Capital e ideología*.

El geógrafo Christophe Guilluy (*No Society. El fin de la clase media occidental*, Taurus, 2019) ha trasladado, negro sobre blanco, el teorema de Hoffer al caso catalán: “*Los movimientos independentistas suelen ocultar un proceso de secesión social y cultural que en realidad se propone dismantelar las solidaridades nacionales y validar el modelo territorial desigualitario de la globalización, el de las grandes ciudades. Más que una*

*renovación del nacionalismo, es antes que nada la secesión de las burguesías que lleva en estado latente la balcanización de los países desarrollados. [...] Presentado como un caso de irredentismo cultural, el separatismo de los catalanes revela en primer lugar una reacción de las regiones ricas a la crisis económica y el hundimiento de las clases medias españolas. [...] Lo dirige fundamentalmente una ideología liberal-libertaria característica de las nuevas burguesías. Así, a los nacionalistas catalanes los apoyaba una parte de la burguesía catalana que deseaba reforzar su posición mediante la independencia fiscal, pero también una juventud de izquierdas o de extrema izquierda que abanderaba valores libertarios, y los dos grupos apoyaban el proceso de globalización y de apertura al mundo y a los demás. Las fuerzas que dirigen el nacionalismo catalán son las mismas que encontramos en los territorios beneficiados por la globalización, se apoyan en la alianza ideológica del liberalismo económico y del liberalismo social. Bajo el barniz nacionalista, de hecho, reencontramos los fundamentos ideológicos de las clases dominantes y de la nueva burguesía. También aquí el antifascismo se usa como arma de clase. Las clases dominantes utilizan un sentimiento nacionalista real para imponer un modelo neoliberal que, en consecuencia, perjudica a las clases populares en España, pero también en Cataluña, donde la concentración de la riqueza y del empleo en Barcelona ha operado en detrimento de las clases populares catalanas”.*

Es la eficacia de estas pantallas, para además de desinformar e inmunizar frente a la realidad, la que permite formaciones semánticas monstruosas, como, por citar la última, la del *Tsunami Democràtic*. Si uno piensa en términos políticos el Tsunami no puede evocar sino los peores momentos de la historia del siglo pasado, que terminó con los genocidios de los Balcanes y Ruanda. Permiten también un doble rasero que resiste a la disonancia cognitiva: los nacionalistas catalanes se quejan de la desatención de Madrid y la falta de diálogo, pero omiten que se han enseñoreado de las instituciones de todos y que han discriminado y excluido a la parte no nacionalista de la población.

Eslóganes como ‘*las calles son nuestras*’ o ‘*el catalán no se toca*’, no son precisamente ejemplos de pluralismo democrático ni de solidaridad, más bien pruritos de psicologías supremacistas entrenadas en el arte de agraviarse, como –cambiando de registro– la familia Franco que se siente maltratada por el Estado por la decisión de la exhumación mientras disfruta de las prebendas y privilegios heredados del Dictador y una consideración que hubieran agradecido sus víctimas. Seguro que convencida e irritada porque no les entendemos. Tienen también su pantalla insonorizadora. Pero la obra maestra en este terreno es la que se refiere a la fortuna de los Pujol y sus familias biológica y política; porque son estos avatares, como explica Siscu Baiges (*El Triangle*, 16/10/2019), los que a la postre están en el origen del encendido identitario del procés; y el caldeo actual por la sentencia tampoco es ajeno a ellos, además de servir de clavo ardiente para la unidad del independentismo.

## **2. La pantalla receptora**

En una segunda acepción, una pantalla es una superficie de proyección, que podemos entender aquí en la acepción psicoanalítica. Sabemos que los movimientos de masas exitosos son los que logran amueblar las mentes y las pasiones de la población con contenidos minuciosamente preparados. La puñalada por la espalda fue el gran hallazgo propagandístico del nazismo, el destino robado de Kosovo del nacionalismo serbio que incendió Yugoslavia y la transformó en esos Balcanes malditos; los dos entran dentro del

registro del victimismo que alimentan los nacionalismos cuando abandonan la esfera cívico-cultural, como ocurre con el catalán desde hace unos años.

El nacionalismo catalán, que, a finales del siglo pasado, se declaraba satisfecho por el logro de sus objetivos históricos, ha construido en la última década un relato típico de destino robado que se retrotrae a la reescritura de la historia desde 1714. El elemento del robo abarca desde los aspectos simbólicos (“*España contra Cataluña*”, como rezaba el título del simposio), a los materiales (“*España nos roba*”). La funcionalidad de los marcos victimistas, a menudo resumida en la acusación de endonofobia, reside en que amparan cualquier conducta y que ninguna respuesta de la parte acusada es suficiente para enjugar la deuda pendiente. En este esquema cualquier actuación de los agraviados por grave que sea se explica como una reacción o una respuesta, como legítima defensa, frente a los ataques recibidos. Lo resumió magistralmente Julio Caro Baroja en *El laberinto vasco*: “*El resentimiento populista cultiva la idea de una persecución para perseguir, la idea del martirio propio para martirizar, la de la necesidad de la propia defensa para atacar y ofender, aterrorizar y destrozar*”.

Para volver a lo concreto, del conjunto de sentencias que afectan a Cataluña, algunas tan sujetas a sospecha como la de Banca Catalana o las que avalaron la política lingüística de Pujol, el nacionalismo retiene las que no coinciden con sus preferencias y no se contentan con la crítica razonada sino que impugnan el sistema judicial en general y, por elevación, la condición democrática del Estado. La ingeniería conceptual, un trabajo de *spin doctor*, sirve para modelar los marcos cognitivos e injertarlos en la pantalla del resentimiento victimista.

El ejemplo más reciente es el procesamiento de los alborotos de Barcelona. Del enmarcado como problema de orden público implícito en la desautorización de la violencia como atribuible a infiltrados, se ha pasado sucesivamente a admitir que podía haber independentistas entre los violentos (Miquel Buch, Consejero de Interior), a reivindicarlos como patrimonio del movimiento secesionista (Mireia Boya, CUP), a explicarlos como reacción a la represión policial desautorizando la criminalización (David Partal, vilaweb: “*son nuestros muchachos, los hijos del I-O*”), a exigir la depuración de responsabilidades a la policía (Torra). Es decir, se trasmuta un problema de orden público en una respuesta de legítima defensa ante la represión policial y el “*insulto compartido*” (Toni Soler, *Ara*, 19/10/2019) que supone la sentencia, se entiende que al pueblo de Cataluña, ese sujeto sinecdotal patrimonializado. Como el espacio público: “*Els carrers seran sempre nostres i, per unos diez, també ho han sigut les autopistes*” (Alber Om, *Ara*, 19/10/2019).

En esta lectura victimista, no solo se justifica la violencia sino que se la reivindica como el sacrificio de los más entregados a la causa. Hay que decir que esta aproximación entre la ingeniería mental de los alborotos y la sentencia se veía facilitada por el acondicionamiento ambiental cocinado con meses de antelación, acondicionamiento que explica la sincronización de la valoración de las voces oficiales en un vocablo denso: venganza.

En los carteles de Arran previos a la sentencia ya estaban presentes el humo y el fuego. Y entonces no había policía, como tampoco hubo policía en las marchas del 18. La insembración del odio a lo español, pacientemente practicada durante décadas, alumbra ahora sus frutos tóxicos. Como ocurre en estos procesos, el discurso más radical es el que

acaba imponiéndose, de modo que en el momento presente puede hablarse de una cuperización del marco mental procesista.

En el esquema victimista cualquier respuesta tiene su justificación, porque, siempre queda, trasladando el latiguillo abertzale: “*algo les habrán hecho*”. Puesto que somos de esencia pacífica, la separación de esa definición, el lanzamiento de cocteles molotov, adoquines y otros objetos, solo puede ser el resultado de poderosas fuerzas externas. Combatirlas es una obligación, aunque suponga un sacrificio. Aunque depende de qué sacrificios: la propuesta de Toni Comín de una huelga indefinida fue desautorizada explícitamente. De la misma manera que los barrios pudientes han sido primorosamente salvaguardados en el capítulo de los destrozos.

El espejo tuneado del secesionismo cumple fielmente el cometido de devolver a sus usuarios la imagen superlativa consonante con el narcisismo subyacente, un supremacismo que se refleja en la reivindicación de una superioridad democrática frente a España. La acción combinada de la Generalitat, los medios y las organizaciones de la sociedad civil empotradas aseguran esta homogeneización emocional que se refleja, como la pantalla, en las respuestas. Respuestas idénticas, gregarias; en los antípodas de la identidad personal y moral. Como las de Vox.

### **3. La pantalla emisora: estampas singulares del corónimo adjetivo**

Si la función protectora cumplía la misión de impedir las informaciones disonantes y la receptora la de halagar / estimular la autoestima colectiva, la emisora está destinada a ganar la batalla del relato en el espacio público. Gracias a ella el secesionismo ha conseguido presentar una secuencia dicotómica en la que su perfil aparece embellecido en la misma medida en que el del adversario, el Estado español, es degradado. El resultado es una suerte de mundo al revés compuesto por un conjunto de motivos reiteradamente invocados hasta, según la receta goebbelsiana, instalarlos en las circunvoluciones del público afín. He aquí alguno de ellos.

#### **a. España es un estado imperial y Cataluña una colonia oprimida**

El repertorio de la nación impedida, las fuerzas de ocupación o la mención explícita a un trato colonial es omnipresente. A pesar de que: las instituciones autonómicas de Cataluña y el reconocimiento de las singularidades desde la lengua hasta la policía – hágase la comparación con la parte francesa homóloga– son precisamente el resultado del pacto constitucional.

Pero el elemento que más claramente muestra la verdad alternativa del secesionismo es que Cataluña contaría efectivamente con un hecho diferencial inédito en las relaciones coloniales: la colonia cuenta con un nivel de bienestar superior al de la metrópoli, y desde luego mucho más favorable que el de esa España vaciada que debería suscitar la solidaridad más que el agravio. Y cabe añadir otro elemento para la ironía: los gobernantes catalanes presumen de mandato popular gracias a una ley electoral española que no han tenido ningún interés en sustituir por una propia.

#### **b. España es una dictadura y Cataluña una democracia ejemplar**

Puesto que ha sido noticia reciente por los bombardeos contra los kurdos que han provocado decenas de muertos, viene a cuento recordar que el discurso inversor catalán ha asimilado España a Turquía. En esto ha seguido una pauta bien entrenada por el nacionalismo vasco radical.

La conexión entre ambos la brinda oportunamente una columna de Arnaldo Otegi en *The Guardian* (23/10/2019) de título sintomático en boca de quien la firma –“*La represión del Estado español en Cataluña puede resultar sorprendente pero no es nada nuevo*”– en la que después de afirmar que “*España consiguió disfrazar su esencia indemocrática bajo el manto de la ‘lucha contra el terrorismo vasco’*” y que, respecto a Cataluña, “*el estado exagera y a veces instiga la violencia en la región*” (lo que sintonizaría con la versión torradiana ya corregida de los infiltrados), se atreve a aseverar que “*el movimiento nacionalista catalán está comprometido con la paz. Como estamos nosotros en el País Vasco*”.

El compromiso con la paz de Otegi es verdaderamente un prodigio dialéctico; miembro de ETA, condenado por ello y luego por colaboración desde la dirección de Batasuna nunca ha condenado la violencia ni desautorizado los homenajes a etarras; pero más allá de lo que diga o no Otegi, uno de los baremos para establecer la naturaleza democrática o dictatorial de un país reside en ver de qué lado están los daños, del de las fuerzas de seguridad o de la población civil.

En el *Zutabe* número 114, de abril de 2018, el medio etarra hacía balance de su historia y daba a conocer algunos datos sobre su actividad. En su siniestra contabilidad, ETA reconoce 365 atentados contra la Guardia Civil con 186 agentes muertos (sin incluir a familiares, ni tampoco a la primera víctima, José Antonio Pardines), 147 atentados contra militares con 101 miembros muertos, 215 atentados contra policías con 139 agentes asesinados (en realidad fueron 150, según el informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, Cuaderno nº 7, marzo 2019) y 161 atentados contra supuestos confidentes policiales, en los que murieron 103.

Si a esto añadimos, el rubro de políticos de partidos no nacionalistas, 104 atentados como 68 adversarios políticos asesinados según el *Zutabe*, por un lado, y la diferencia entre el número de muertos durante la dictadura y en el periodo democrático, resulta patente que cualquier atribución de un carácter democrático a la ejecutoria abertzale denota errores perceptuales graves.

Salvando la enorme distancia, porque después de Terra Lliure no ha habido muertos en Cataluña; aunque no está de más recordar que el asesino convicto de José María Bultó, Carlos Sastre, ejerce de sindicalista orgánico, así como las vinculaciones entre el abertzalismo radical y sectores del radicalismo catalán, de Gonzalo Boye a Arnaldo Otegi o Pernando Barrena.

Y, salvando la distancia, puede aplicarse el baremo señalado y observar la distribución de los afectados por los disturbios entre policías y manifestantes; no resisten la comparación con ningún supuesto dictatorial. En el registro surrealista hay que anotar que reivindique el pacifismo un presidente que marcha por una autopista cortada acompañado por un Ibarretxe que proclamó que “*debemos gobernar como si ETA no existiera*” y que Torra podría muy bien incorporar para su trato de los no nacionalistas. Tan surrealista que el Consejero de

interior tuvo que atribuir ese pacifismo a los estratos más profundos de la estratigrafía ética del President.

c. Percepciones incongruentes en el país adjetivo

En la carta citada, Otegi pide la intervención de las instituciones europeas en el contencioso catalán en favor de una situación negociada que fuerce la mano del Estado español.

Dos elementos a subrayar: por un lado, la desautorización de la soberanía española como consecuencia de la supuesta condición no democrática de sus instituciones; por otro, la propia preferencia por la denominación. Este es un dato significativo porque ilustra un problema de mayor calado en tanto que afecta a un ámbito más extenso que el del nacionalismo propiamente dicho. Para buena parte de la izquierda, los movimientos sociales y sus correlatos internacionales, incluidos medios de prestigio, la expresión ‘Estado español’ es la forma habitual de denominación. De modo que uno se encuentra con la mención a los diferentes países por su nombre convencional sustantivo pero al llegar al caso que nos ocupa, el corónimo es reducido a una condición adjetiva, lo que resulta sintomático de la asunción por colectivos amplios del marco mental de los nacionalismos ricos y un punto supremacistas.

De nuevo, buena parte de la izquierda y los movimientos alternativos españoles (o del ‘Estado español’, en su jerga) asumen con natural y justificada relucencia las características del nacionalismo español y, sin embargo, no adoptan la misma actitud prudencial frente a los nacionalismos periféricos y, en particular, y esto es relevante para la tonalidad ideológica de estos actores, de los más ricos, porque Galicia no suele comparecer en el registro.

Que quienes con tanto empeño justificadamente presumen de conocer lo que hay detrás de las apariencias, acepten sin más precauciones la tesis de que los nacionalismos ricos son de izquierdas y emancipatorios, no *va de soi*. No han indagado, por ejemplo, en la contradicción de aquella huelga de país de 2017 convocada desde arriba y con la garantía de que no se descontaría el sueldo... Ni el relente totalitario de frases como “*las calles son nuestras*”, ni la xenofobia rampante que ilustraba la expresión “*bestias humanas*” del presidente sedicentemente pacifista.

Esta izquierda asume también sin escrúpulos la insonorización del nacionalismo a la hora de establecer criterios comparados; no se la ve, por ejemplo, desautorizar a Italia o Alemania porque declararon inconstitucionales los referéndums de Baviera y el Véneto, no hace tanto y que, en consecuencia y a diferencia de Cataluña, no se celebraron tras la correspondiente decisión judicial. (Tampoco hemos oído quejas al respecto de Guardiola que jugó en Italia y fue entrenador del Bayern). Ni a Canadá por redactar una Ley de Claridad que dejaba la responsabilidad de la decisión sobre la separación en el parlamento federal y que se invoca como fetiche solo porque no ha sido leída.

Tampoco en esos países tales decisiones han sido objeto de impugnación por parte de cierta izquierda como lo han sido en España; lo que demuestra una clara deficiencia de sentido de Estado en la contraparte hispánica. En ese mismo sector que luego se queja de que el Estado es débil frente a los tiburones financieros. ¿Cómo se puede defender un Estado de Bienestar si no se asume la defensa del Estado, de la planta estructural desde la que articular una concepción de la ciudadanía que incluye igualdad y solidaridad, por cierto una palabra esta que ha desaparecido del léxico de los defensores del derecho a decidir.

Un malpensado imaginaría que si esta democracia de “*baja calidad*” cayera, los sucesores de los críticos exquisitos de hoy la reivindicarían para culpar a los nuevos adversarios. Siempre con los ganadores. Mientras que ahora se cuestionan sus credenciales bajo el sarcasmo apenas contenido del “*régimen del 78*” por parte de quienes, en buena medida, no conocieron la represión de verdad, no la de las pantallas.

No tener conciencia de estas condiciones diferenciales de partida –que desde luego no equivalen a convalidar otros exabruptos de la derecha españolista que tan alto se proclama constitucionalistas– y admitir que no se interviene para no aumentar la fractura o contribuir a la polarización, explica la comodidad y la exquisitez de quienes atribuyen la misma responsabilidad a los secesionistas que han monopolizado el poder y a los no secesionistas –de cualquier tonalidad ideológica– que han sido ignorados durante décadas.

Postular que hay dos extremismos para lavarse las manos e invocar el diálogo como si fueran posiciones equiparables en legitimidad es algo difícil de aceptar ante la asimetría de las posiciones. Asimetría que se hace patente en la dimensión autoritaria del nacionalismo cuando hace lo posible por impedir la expresión de opiniones críticas, lo que he denominado antimovilización. Y que tiene una expresión plástica en la valoración de las manifestaciones antinacionalistas: si son poco concurridas se las desautoriza porque son cuatro gatos y por tanto no representan a nadie, pero si son masivas, como en octubre de 2017, no pueden ser sino fascistas. *Quod erat demonstrandum.*

#### 4. Enfriar el espacio público

En su empeño por aislar los parecidos indeseados, los defensores de la secesión eluden mencionar supuestos que arrojan luz sobre la deriva del catalanismo, como el caso de Israel, que en pocas décadas ha asumido el papel de verdugo en su versión extrema y más extendida en el tiempo, y el del *Brexit*, que ha destruido un sistema dotado de unas instituciones ejemplares en muy pocos años. El espejo balcánico es repelente, pero el modelo británico ofrece lecciones pertinentes. Retendré aquí una sola, que caracteriza las voces señeras del independentismo, de la misma manera que al populismo británico: la banalización del insulto y la descalificación personal –la cultura del zasca–, la mala educación, el calentamiento emocional, la falta de respeto a la verdad de los hechos. A mi entender esta es la principal dificultad para desactivar la presurización procesista, para rebajar la tensión hasta un punto en que sea posible el diálogo respetuoso en igualdad de condiciones.

Y aquí hay que citar que son los mismos que acusan al gobierno de Sánchez de no querer hablar (por cierto, era el argumento de los halcones sionistas cuando decían que no tenían partenaire del lado palestino) pero aseveran una y otra vez que hay ciertas cosas intocables, como la lengua o la televisión. Los mismos que, desde esos hechos consumados arañados al consenso autonomista, declaran que se ha pasado el tiempo del autonomismo. Si se entienden los privilegios como derechos consolidados es difícil establecer un diálogo. El tránsito del Antiguo Régimen lo ilustra; y aprovechando la incursión cronológica recordamos la fuga de Varennes, que ha evocado Guilluy para describir procesos como el catalán, según la cita recogida más arriba.

De modo que habría que empezar por temperar, por respetar el tono, por admitir que nadie es propietario exclusivo de las calles, ni de las instituciones y sí, tampoco de la verdad. Aunque eso no significa asumir la receta relativista de que todo es defendible y que hay que



la mejor solución es la media entre todas las propuestas del mercado de la opinión. Sabemos que si alguien se sube al monte se queda sin cobertura y no puede pretender que quien acepta vivir en el llano tenga que trepar media ladera para poder comunicarse.

Hoffer radiografió la estrategia temeraria de los líderes populistas: “*Es menor el riesgo de ser desacreditado cuando se persigue lo imposible que cuando se intenta lo posible. A menudo es el fracaso en los asuntos diarios lo que alimenta una osadía extravagante*” (79). Y Caro Baroja remachó en *El laberinto vasco*: “*La ‘identidad’ posible, pues, está amenazada por los mismos que quieren llevarla a un grado de ‘imposibilidad’*” (p. 106).

Se trata, en definitiva, de obrar en la dirección de favorecer las condiciones para construir un espacio hospitalario para todas las identidades, porque antes que miembros de uno u otro colectivo somos seres humanos y como tales idénticos en dignidad, como escribió, cuando apuntaban estas maneras, un sabio largos años residente en Barcelona y hoy completamente olvidado en virtud de la eficacia insonorizadora de la pantalla procesista: Gabriel Jackson.

---

Martín Alonso es autor, entre otros libros, de *Catalanismo, del éxito al éxtasis*, un profundo análisis del secesionismo catalán, desarrollado en tres tomos editados por El Viejo Topo, en 2015.